

## LIBRO XIII.

Sofía sorprende á los tres amigos con una comida de campo.—Descripción del sitio.—Impugna Ibrahin los fueros de la libertad, y dice que las pasiones la destruyen.—Responde la Princesa á Ibrahin con ironía.—Prueba Miseno al Mahometano que aun entre las pasiones hay libertad.—Alega el Filósofo en su apoyo hechos de los malos príncipes de Polonia.—Satisface Miseno con el arrepentimiento de los mismos.—La furia del *error* toma la figura horrible de un pájaro negro monstruoso, rodea este por dos veces á Ibrahin y al Conde, y se precipita en el valle.—La Princesa y el Conde se asustan.—Ibrahin se burla, y Miseno se mantiene sosegado, núm. 28.—Ibrahin juzga que nos estaria mejor carecer de libertad.—Respóndele Miseno irónicamente.—Declara tambien como ayuda Dios á nuestra libertad, y lo prueba con la historia de Polonia.—Concuerda nuestra libertad con las pasiones y el mérito.

1 Habia advertido la Princesa la astucia de Ibrahin y del Conde, y sospechando su destino, preparó una comida campestre en cuatro azafates de delicados mimbres, los cuales cubiertos con toallas finisimas, y sembrados de florecillas, mandó llevarlos á Miseno para regalar á sus huéspedes. Adelantóse ella pocos pasos á las criadas que los llevaban, y los encontró á los tres muy descuidados: con su gracia acostumbrada los increpa de la infidelidad que cometian trabajando á escondidas en el descubrimiento de un tesoro, y á los tres dejó embobados con la disculpa; porque tenia tal arte de reconvenir, por su gracioso gracejo y con viveza, que sin dar lugar á la respuesta, por medio unos golpes sobre otros, obligaba á una confesion muda del crimen; mas en fin, remitiéndolo todo al tribunal de la clemencia, les ofreció el perdon, con tal que le diesen parte de todo lo que hubiesen descubierto.

2 Convino en esto el Conde, y resumió todo lo que habia pasado en la conversacion, mientras Miseno destinaba á las criadas sitio competente para disponer la mesa; sitio tal, que parecia que la naturaleza muchos tiempos antes se habia esmerado en prepararlo. Tres robles antiguos muy altos y copados, entrelazando sus ramas, hacian una sombra muy espaciosa por la parte del Mediodía, que servia de obstáculo á los rayos del sol, que en la fuerza del estío podia incomodarles; y por la del Norte tenia la puerta abierta el blando y liсонjero céfiro para refrescar el paraje. Al mismo tiempo por entre los troncos separados salian con desahogo los ojos á pasearse por las ame-

nas y delicadas campiñas, donde los bosques y frutales interpuestos entre los campos y pedregales con rústica geometría y distribución campesina, componian un singular jardín, tanto mas deleitable, cuanto menos tenia de artificioso. En los alrededores nada encontraba la vista que no encantase los sentidos. Por los ásperos troncos de los árboles subian la hiedra lozana, las galantes enredaderas, los agraciados verdes caracoles, enroscándose en sí mismos, apareciéndose de mil colores como avergonzados, ó ya escondiéndose por entre las hojas, ó ya descubriéndose pendientes en racimos muy hermosos; recreando entre tanto con olor suavísimo el olfato. Á otro lado quedaba una pequeña fuente, que saliendo de una gruta tropezaba en un peñasco, y cayendo se precipitaba por entre las piedras, rodando de unas en otras hasta descansar en el hueco de una peña tosca que le servia de estanque.

3 Los pajarillos, aprovechándose en la fuerza de la calma de la frescura de este sitio, habian fijado allí su morada. Unos se bañaban en las aguas, otros brincaban por los ramos, otros se divertian dando gritos y danzando en los aires, riéndose á su modo, y conversando en su lenguaje, dándose el parabien de la frescura y descanso que allí habian hallado.

4 Cuando allí entraron los tres huéspedes quedaron como suspensos, y casi no se atrevian á pisar la delicada yerba sembrada de olorosas flores que alfombraban el terreno. Los rayos del sol empeñados en penetrar por entre las ramas, apenas podian divisar á los convidados: la linda vista á lo léjos, la variación graciosa, el gorjeo de los pajaritos, que doblando sus cantos, se oian, el murmullo de las aguas, el susurro de las hojas, todo parecia una recreacion tan agradable y tan inocente, que estaban todos pasmados.

5 No quiso la Princesa perder tiempo, y mientras llegaba la hora de comer, pidió á Miseno que continuasen la conversacion interrumpida, dándole ella misma el hilo para atar el discurso, que, segun le habia dicho el Conde, quedó en la descripción de los inviolables fueros de nuestra libertad, á pesar de la rebeldía de las pasiones. Acordóse el Conde entonces que en otro tiempo le habia oido á su hermana una primorosa descripción de nuestro libre albedrío, y le pidió con instancia le diera el gusto de repetirla, si hacia memoria de ella. La Princesa, siempre pronta á concurrir al fin de lo que intentaba, discurriendo ligeramente por el gabinete de su memoria, satisfizo repitiendo unas coplas que en otro tiempo habia trabajado para cierto asunto de una academia.

## CANCION LÍRICA.

## I.

De un alma el albedrío  
 ¿Quién podrá precidir? ; Oh vano intento!  
 El brazo y poderío  
 Del fuerte Dios que rige el firmamento,  
 Con auxilios y luces suele hablarla  
 Cuando intenta solícito ganarla.

## II.

Mas si atenta ella fuere  
 Á la luz celestial que la ilumina,  
 Y dócil consintiere,  
 Libre entonces la voluntad se inclina;  
 Pues nunca quiere Dios omnipotente  
 Forzar la voluntad si está renuente.

## III.

Aunque el mundo la empuja  
 Con lanzas, con saetas, saetas y fuego,  
 Y fiero la combata  
 Con los rigores de un cruel despego,  
 Queda en su libertad enteramente,  
 Por mas que se le oponga y la atormente.

## IV.

Suba á mas el empeño:  
 Tiemblen de todo el orbe los cimientos,  
 En severo ceño  
 Al cielo los bravos elementos;  
 Tornando al mundo iras divinas,  
 No se vuelva horror, todo ruinas.

## V.

Si el cielo se desploma,  
 Y á la tierra la llama del infierno  
 Por mil bocas se asoma,  
 Envuelta entre los humos del averno,  
 Insiste el alma libre en sus acciones,  
 Para el sí ó para el no de sus pasiones.

## VI.

No la mudan horrores,  
 Ni profundas cavernas infernales;  
 Sus tenaces clamores  
 Se escuchan desde el mundo, y los fatales  
 Ecos que entre las rocas van subiendo,  
 Un no, no, están siempre repitiendo.

## VII.

Ni de Angeles del cielo  
 Las delicias, las gracias, los favores,  
 Ni el espantoso anhelo  
 Con que mónstruos le habisten los terrores,  
 Podrán á que ella quiera precisarla,  
 Pues si *no quiere*, ¿quién podrá forzarla?

## VIII.

De un cuerpo delicado  
 Los halagos, ó llanto repetido  
 De un amigo estimado,  
 Embisten á su pecho, aunque réndido  
 Á pasiones de amor: todo es en vano,  
 Pues si *no quiere*, á todo da de mano.

## IX.

La razon busca atenta,  
 Que persiga su juicio claramente,  
 Y hecha bien su cuenta,  
 La voluntad responde libremente:  
 Lo advierto todo, el daño considero:  
 Sé que debo *querer*; pero *no quiero*.

## X.

Cesa aqueste conjunto  
 De causas, no aspira al vencimiento;  
 La voluntad al punto  
 Á sí misma se muda en un momento,  
 El sí repite; y dice: *quiero* ahora,  
 Porque *quiero querer*, pues soy ser.

6 Todos aplaudieron la descripcion, alabando la propiedad y verdad; y la Princesa les obligó á cesar en los elogios para continuar el discurso.

7 Quería hablar Miseno; pero Ibrahin como nube cargada y sombría, que despues de retener largo tiempo gran copia de piedra, se rompe con una general descarga, comenzó á alegar mil razones contra lo que Miseno habia propuesto. Todas eran tan ligeras como la piedra de la lluvia, mas tambien como ella tan multiplicadas, y proferidas con tanta furia, que los dejaron aturridos; concluyendo siempre que cuando las pasiones tenian un cierto grado de fuerza, la voluntad necesariamente habia de seguirlas<sup>2</sup>. ¿Qué puede la ino-

<sup>1</sup> Nada está tanto en nuestro poder como nuestro querer. (S. August. lib. 3 de Lib. arb. cap. 3).

<sup>2</sup> Las pasiones rebeldes inclinan al mal con una especie de necesidad, pero

cente paloma, decia él, cuando la ave de rapiña, avistándola desde las nubes, por donde vagamente se pasea, y encogiéndose de repente las alas extendidas, se precipita sobre ella? En un momento se ve traspasada de sus crueles uñas, y hecha presa de su furor; ensangrentada y moribunda es llevada á donde ese mónstruo aéreo la arrebatada. No de otra manera nuestra voluntad es la inocente presa de las pasiones violentas, cuando ellas toman vuelo y siguen su destino.

8 La Princesa, que preveía de léjos las abominables consecuencias que podían deducirse de este principio, queriendo atajar los daños de esta llaga solapada, intenta descubrirla del todo, á fin de que su mismo horror pusiese en huida al Conde, ó que los remedios de Miseno la cauterizasen; y con su estilo picante y jocoso habló á Ibrahin en estos términos:

9 Á lo que veo, Ibrahin, nos privais de la libertad, toda vez que las pasiones se encienden. Ahora todos os deberemos estar muy obligados, pues nos haceis parientes en grado de los brutos. Esta era la principal diferencia que nos distinguía de ellos, y ya en vuestra opinion todos somos iguales. En los brutos una série encadenada de sensaciones y de movimientos no libres sino naturales, que no están en la potestad del agente, los conduce, segun sus especies, por una ley correspondiente á los fines que les están destinados, conforme á lo que vos mismo me habeis enseñado, y evidentemente la razon lo persuade <sup>1</sup>. Sigue el galgo la liebre, el halcon la ave, y el novillo la consorte por unos movimientos necesarios; de suerte que cada animal busca por forzoso mecanismo de sus órganos el objeto que el orden de la naturaleza le determinó nocivo ó conveniente: y por eso vemos en todos, segun su especie, las mismas acciones y movimientos, como que son necesarios, y no libres. Solo en el hombre, en quien hay libertad, vemos una diferencia infinita en todo cuanto obra. Cada uno sigue no la uniforme carrera de los otros de su especie, sino su capricho ó su simple voluntad, porque como libre puede elegir; y ved aquí el origen de la innumerable variedad que hallamos en las acciones humanas. Esta razon sola, cuando no hubiese otras, me precisaria á creer que somos libres, aun en este triste estado á que quedamos reducidos.

vencible: mas consentir ó disentir, siempre es propio de la voluntad. (S. August. de Spir. et lit. cap. 34).

<sup>1</sup> *Actus naturales non sunt in potestate naturalis agentis, quum natura sit determinata ad unum.* (S. Thom. 1, q. 21, num. 2).

10 Ahora, pues, Ibrahin, como con vuestra sentencia nos condenais á obrar como los brutos, forzoso es que tambien en nuestros edificios se vea la misma uniformidad que se ve en los nidos de las aves de cada especie, y en las abejas, que todas en todo el mundo tienen las mismas celdillas. Segun esto tambien deberá ser uno solo nuestro sustento: lo que hace un hombre, todos los hombres lo deberemos hacer, porque así se ve practicado entre los brutos. Ninguno ha de salir de lo que hicieron sus padres y abuelos; porque tan hábiles son los animales de estos tiempos, como lo eran en el principio del mundo. De aquí adelante guárdese un hombre de inventar cosa nueva, porque nunca han sido inventores los brutos; lo que ciertamente solo procede de que ellos no tienen la libertad necesaria para variar en sus acciones; ahora, como esta libertad tambien vos la negais á los hombres, caeremos de consiguiente en una general *monotonía* \* ó uniformidad de operaciones. Pero sea como quisiéreis por lo que á vos toca, que yo declaro que mi libertad no la cedo, á pesar de vuestra insofia.

11 No es creible el gusto que mostraba el Conde, al paso que Ibrahin se confundia mas. Procuraba responder con una disimulada política protestando que no era digno de disputar con personas de semejante cualidad; pero que otros juicios mas delicados que el suyo lo sentian así. Miseno, que conocia la importancia de la materia, no se contentó con que el *error* fuese vencido con solas armas mujeriles, sino que tomó la empresa á su cargo.

12 No podeis negar, dijo Miseno, que Dios pone en nosotros la luz de la razon, luz que nos declara el bien y el mal, aun cuando la pasion nos tienta, nos instiga y nos impele. ¿Entonces, ahora, ¿de qué sirve ilustrar el alma, mostrándole el mal y el bien, si ella no tiene libertad para escoger? ¿De qué me sirve ver el buen camino y el precipicio, si me llevan á este, sin que yo pueda elegir aquel? Ver un despeñadero y no poder evitarlo, mas es tormento que gusto. ¿Por ventura mandarais llevar una hacha encendida en noche tenebrosa delante de una barca, que sin piloto ni gobierno va arrebatada de las corrientes con inevitable destino? ¿Gritaréis á una piedra que va cayendo con ímpetu ciego, para que dirija de esta, de aquella ó de la otra suerte su movimiento? Pues igual locura seria ponernos Dios el farol del entendimiento delante de los ojos, y hablarnos por la luz superior de la razon, si nuestra alma fuese como la piedra que cae arrebatada de las pasiones y llevada á donde ellas las arrastran. ¿Qué pueril y qué ridículo seria el procedimiento del

Ser supremo, si por medio de su voz, que así podemos llamar á la luz superior de la razon, nos prohibiese una accion, y por las pasiones que él mismo nos dió, nos obligase á ejecutarla? ¿Por ventura nos abre los ojos para que veamos el bien, y para que no lo busquemos nos ata los piés, amarrándonos con cadenas indisolubles? ¿Nos hace ver el precipicio solo para llenarnos de horror, y sin culpa nuestra nos impele y hace caer en él? ¿Qué acciones tan indignas de Dios! Pues todo esto nos hace, si no nos da libertad para vencer las pasiones.

13 Reflexionad, amigo, que en todos los pueblos hay leyes, en todos hay consejos y amigables avisos; luego hay tambien libertad para seguirlos. ¿Qué nacion existió jamás en el mundo tan bárbara, donde no hubiese castigo para el mal, y premio para el bien? Pero sería todo inútil, si cada uno por un ciego é inevitable ímpetu fuese arrastrado hácia este ó aquel objeto por la pasion que le domina.

14 Nuestra alma respecto del caballo es como el caballero respecto del bruto en que va montado. Si el bruto es manso y bien enseñado, con descanso va el caballero andando por el camino recto, sin fatiga ni merecimiento grande; pero si el bruto fuere rebelde y furioso, trabajo tendrá el jinete; pero tambien mucho mas mérito y gloria, si impide que se desmande. Poca dificultad tenia el hombre para caminar derecho, cuando salió de las manos de su Autor, teniendo entonces sujetas y avasalladas todas las pasiones del ánimo, todos los apetitos de los sentidos. No estaban entonces las pasiones muertas, sino dormidas: cuando la rienda de la razon tiraba ligeramente, el animal luego obedecia. Por eso fue mayor su delito, y menos disculpable su prevaricacion, porque le era mucho mas fácil que nos es á nosotros el obrar como debia.

15 Mas despues de la rebelion de las pasiones y apetitos, tiene el caballero necesidad de vigilancia, de fuerza, de estudio y de constancia para impedir su ruina. No tiene culpa el jinete en los saltos impetuosos que da el bruto al principio, ó cuando intempestivamente se espanta: ni tampoco es culpable el hombre en los primeros movimientos de sus inclinaciones, cuando sin dar tiempo á la razon, obran los humores lo que ella impediria; pero una vez que la razon abrió los ojos, debe con todo esfuerzo tener la rienda segura, tirar de los cabezones, subyugar el bruto á toda costa, y esto aunque el caballero se canse, se fatigue y sude, porque trabaja para sí; y se trata de evitar la muerte ó el peligro de ella, que con certeza experimen-

taria, si flojamente se dejase llevar del furioso bruto; por eso toda fatiga es bien empleada, y mayor gloria tendrá y mayor merecimiento.

16 Diga enhorabuena el flojo y perezoso, y el que no quiere cansarse en domar sus pasiones: diga que lo arrebatan, alargue las riendas al bruto que le lleva, que su caída y ruina será el castigo de su indigna pereza; y los otros que van á su lado dominando siempre con estudio, cuidado y fuerza los brutos de sus pasiones, tal vez mas rebeldes y furiosas, estos que las conducen por la senda recta, sin permitirles saltar fuera del camino, echando por los derrumbaderos, por las barranqueras que ya de uno, ya de otro lado, se ofrecen, estos serán su condenacion, su afrenta, y de su inútil doctrina.

17 ¿Qué es, Ibrahin, lo que alabais en los héroes? ¿Acaso es el que ellos siguen sus pasiones? Otro tanto hace cualquier bruto. ¿Cuál es, pues, el mérito que tanto os obliga á celebrarlos? ¿Qué es lo que justamente ocupa los clarines sonoros de la fama? ¿Será el haber obrado bien, no teniendo que vencer? Pero ¿qué casta de mérito puede ser ese? ¿Vencer sin batalla, triunfar sin enemigos? Concluyamos, pues, que para conseguir el loor de héroe, me es preciso obrar bien, venciendo en esto grandes dificultades, y que en la grande que nos ofrecen nuestras pasiones furiosas, consiste el merecimiento de los héroes de la filosofía y de la virtud.

18 Si negais la libertad, yo de parte de la recta razon os prohibo desde este mismo punto el alabar á ninguno, y el condenar cualquier procedimiento. ¿Alabaréis por ventura al sol cuando saliendo del horizonte derrama con sus luces benéficas influencia sobre la superficie de la tierra? ¿Ó condenaréis á la noche cuando es delinciente, porque con su tenebroso manto protege los delitos y os roba la vista, dejándoos casi ciego, cuando teneis los ojos sanos y perfectos? ¿Quién no tendrá por ridícula vuestra cólera contra los truenos y rayos, y por locas vuestras adoraciones políticas al céfiro blando que os recrea, siendo todos esos movimientos una consecuencia ciega y necesaria del órden del universo? Pues otro tanto debemos decir de lo que hacen los hombres, si en ellos no hay libertad, porque sin esta, ni merecen nuestros elogios, ni el menor vituperio. Esto dijo Misenno con tal fuerza y nobleza de espíritu, con tal affluencia y eficacia, que Ibrahin estaba aturdido, la Princesa admirada y el Conde rebozando contento, porque naturalmente aborrecia al filósofo por su insufferible orgullo. Mas Ibrahin precisado á responder, lo hizo, huyendo la dificultad, y dijo así:

19 No hay discurso contra la propia experiencia. Confiese cada uno la verdad, y verá que su corazón es llevado por fuerza á donde la pasión le arrastra. ¿Qué libertad os deja, Conde, vuestra ira, cuando recibís una injuria? ¿Qué libertad, cuando una rara belleza se os presenta á la vista? ¿Qué libertad, cuando Cupido os hierre? ¿No veis que el mas valeroso héroe corre como si fuese el mas infeliz pastor tras de una pastora, si el ciego amor le toca con su envenenada flecha? ¿Qué monarca no deja caer su corona por un lado y el cetro por otro sin pensar en cosa alguna cuando Vénus le provoca? ¿Cuál, pues, es la libertad que estas pasiones le dejaron?

20 Revolved los anales de Polonia, para no ir mas léjos, y veréis príncipes admirables que por desgracia fueron heridos de la pasión de amor, y perdiendo la libertad, hicieron lo que no era creíble que hiciesen gozando de ella. *Lesco III*, tan famoso en las guerras contra Carlo Magno<sup>1</sup>, ¿en qué abominaciones no cayó arrastrado de Vénus? *Poplier I* su hijo<sup>2</sup>, su nieto *Poplier II*<sup>3</sup>, y *Mieceslao II*<sup>4</sup>, que por el mismo motivo, siendo el padal de los pueblos y de la razón, fueron el horror de la naturaleza; ¿pensais que gozaban de la libertad? *Boleslao II*<sup>5</sup>, verdadero Alejandro de su siglo, que daba y quitaba reinos, como si fuese depositario de la justicia suprema, que hacia temblar á los vecinos, y se hacia adorar de sus pueblos, ¿en qué brutalidades no cayó despues que las delicias de *Kiovia* le cautivaron el corazón? ¿Y habemos de decir que tenia libertad?

21 ¡Ah, Ibrahin! dijo la Princesa, si no la tenían, ¿quién puede culparlos? Tantas alabanzas merecen en ese caso por sus delitos, como por las que merecieron, porque en este supuesto la pasión de la gloria los llevó al merecimiento al bien, y la del amor los arrastró inculpablemente al mal. ¿Y hallais buena esta filosofía? Dios os libre que vuestros criados la sepan, porque en cualquier desórden que cometan, quedarán exentos de reprension y de castigo. La pasión me obligó, os dirán ellos, y no tuve libertad para hacer lo contrario. ¿Qué os parece, Conde?

22 El hermano le respondió, que su discurso le habia convencido del todo; pero que queria oír á Miseno. Ya veis todos vosotros, les dijo él, que no nos falta la experiencia, á la que vosotros, Ibrahin, habeis apelado del tribunal de la razón. Yo ahora os cito tambien para la experiencia general. Decidme, amigos, despues que pasó la furia de la pasión, si acaso la obedecemos contra los clamores de la razón,

<sup>1</sup> Mirese *Comp. hist.* desde el año 810. — <sup>2</sup> *Ibid.* — <sup>3</sup> *Ibid.* — <sup>4</sup> *Ibid.* — <sup>5</sup> *Ibid.*

¿cuántas veces sentimos remordimientos de la conciencia y arrepentimiento?

23 No pudo contenerse el Conde, y tomó á su cargo dar la respuesta que Miseno pedia á todos. Nunca me abandoné á las pasiones contra la luz de la razón, que despues no me hallase arrepentido, y en esto os digo sinceramente lo que en mi alma pasaba. En la mayor fuerza de la pasión sentia una voz mansa, juiciosa y serena, que me decia: *No lo hagas*: á pesar de esta voz un deseo impetuoso, vivo y turbulento venia con gran fuego, y, no sé cómo, me atarantaba de suerte, que le obedecia. Por entonces sentia un gran gusto, y mi alma nadaba en regocijo; pero despues de gustar la dulce fruta, sentia un amargor, un agrio, una hiel intolerable. Volvia entonces aquella voz mansa y serena que yo habia despreciado, y levantando el clamor poco á poco, me comenzaba á reprender, de forma, que me atormentaba. Era un aguijon que me clavaba y me decia siempre á mí mismo: *Hiciste mal*. Queria cerrar los oidos; pero dentro del alma sentia siempre esta voz, que me estaba condenando. El corazón se mordía y despedazaba, que así debo explicar mi arrepentimiento; mas no habia remedio. Esto es lo que pasaba por mí, y creo que por todos pasa lo mismo.

24 No puede Ibrahin negarlo. Esto supuesto, Miseno, al modo de cazador diestro, que no pierde un instante en disparar la saeta contra el ave que le pasa á tiro, acudió prontamente, y dijo así: ¿Cómo puede el hombre reprenderse y condenarse á sí mismo de lo que hizo, sin tener libertad? ¿Podrá un hombre de juicio arrepentirse de ser pequeño, ó ser magro? ¿de que padeció fiebre ó tuvo sueño? ¿No seria objeto de risa quien tal dijese? Sin duda la razón de esto es clara, porque ninguno se arrepiente sino de lo que hizo, pudiendo no hacerlo; y si á un hombre le fuera imposible resistir las pasiones, no podria sentir mas arrepentimiento de haberlas obedecido, que el que tendria de la fiebre ó del sueño. Vos sois filósofo y amigo de discurrir y profundizar bien las cosas; hagámoslo, pues, ahora. No es lo mismo tener pena, que tener remordimiento y arrepentirse. Tenemos pena de lo que nos hicieron contra nuestra voluntad, y tenemos arrepentimiento de lo que hicimos por nuestra culpa. Tenemos pena de resbalar y caer: tenemos arrepentimiento de haber puesto el pié mal sin cuidado, pudiendo haberlo puesto en seguro. Id ahora á arrancar primero del corazón de todos los mortales el remordimiento ó arrepentimiento de haberse entregado á esta ó aquella pasión, y despues nos persuadiréis que no tuvieron libertad.